

LA DECADENCIA DE LAS LETRAS LATINAS EN AL-ÁNDALUS

Pedro Herrera Roldán

La invasión musulmana del año 711 ha sido estudiada muy frecuentemente desde un punto de vista político, social, económico, religioso o artístico. En cambio, no han sido tantas las veces en que se ha profundizado en las enormes repercusiones que este hecho histórico tuvo en la tradición cultural hasta entonces existente en la Península. Es cierto que en este aspecto los cambios no fueron tan rápidos o violentos, pero no lo es menos que la evolución de los acontecimientos acabó por afectar igualmente la situación establecida y que, como veremos, algunos hispanos percibieron dicho proceso como algo traumático. De hecho, los cambios que se produjeron vinieron a sellar el destino de la lengua latina escrita y a condicionar enormemente la evolución de la hablada en todo el territorio que luego se denominó Al-Ándalus.

Y, sin embargo, es precisamente este factor, y no el de una invasión extranjera en suelo hispano, el que a nuestro criterio resulta más novedoso en todo el proceso. En efecto, hemos de recordar que tras la quiebra del poder imperial en Hispania durante el s. V, ni las sucesivas invasiones bárbaras, ni el período de luchas subsiguiente, ni el definitivo establecimiento de una monarquía germana en la Península habían podido trastornar la lengua y cultura tradicionales; es más, sabemos que los recién llegados godos no tardaron mucho en

La reconstrucción de las estructuras socioeconómicas y culturales a través de la epigrafía abandonar su lengua materna y adoptar la latina, como evidencian los numerosos documentos epigráficos en pizarra de esta época. Prueba de lo que decimos es que, no mucho tiempo después de la instauración del reino de Toledo, tuvo lugar el florecimiento de una cultura cristiana de tradición latina que alcanzó gran influencia en los siglos medievales y que tuvo por representantes a figuras tan destacadas como Ildefonso, Julián o Eugenio de Toledo, Braulio o Tajón de Zaragoza y, por supuesto, Isidoro de Sevilla. Parecida situación se repite en otros lugares del antiguo ámbito del imperio romano: en Italia los ostrogodos habían aceptado, sin al parecer demasiada dificultad, el importantísimo legado cultural con que se habían encontrado ; y lo mismo hicieron los lombardos, sus sucesores en el dominio de Italia, pese a toda su fama de salvajismo y desprecio de la antigua civilización .

En cambio, lo ocurrido con los invasores musulmanes fue totalmente distinto: llegados a Hispania sin apenas contacto previo con su población y asentados mayoritariamente en núcleos rurales, los recién llegados, en buena medida guerreros mercenarios y nómadas bereberes, no se mostraron lógicamente nada interesados por el riquísimo legado cultural que hallaron y desde un principio hicieron gala de un absoluto desprecio hacia las letras latinas. De hecho, siglo y medio después de la conquista, en la propia capital cordobesa el emir Muhammad I no encontraba entre los suyos a quien le tradujese al latín la correspondencia que mantenía con el rey franco Carlos el Calvo, y tenía que recurrir a un personaje tan odioso para él como un monje cristiano . Pero la mejor prueba de esa ignorancia de la lengua latina por parte de los musulmanes se encuentra en el hecho de que, cuando

los insultos a la religión coránica y a su profeta Mahoma se castigaban con la muerte, en la misma Córdoba pudieran escribirse y circular numerosas obras con injurias y blasfemias gravísimas contra el Islam .

Por lo demás, esa misma indiferencia posibilitó que durante el primer siglo de ocupación islámica las letras latinas prosiguieran su existencia sin ningún estorbo ni, en apariencia, retrocesos significativos. Y eso pese a que su principal depositaria, la Iglesia católica, hubiera sido la gran perjudicada de la invasión . De esa manera, sabemos que en el territorio bajo dominio musulmán se había mantenido el principal mecanismo de transmisión de la cultura antigua, la red de escuelas parroquiales creada en tiempos del reino de Toledo, así como las aulas que se habían formado en los monasterios, y que en ellas seguían formándose en las mismas disciplinas de antaño los futuros clérigos y monjes, además de numerosos laicos . Así pues, una vez conseguida cierta estabilidad interna tras los primeros momentos de caos, la actividad literaria se había reanudado bajo las mismas formas de tiempos anteriores y en los mismos centros urbanos: Toledo, Zaragoza, Sevilla, Mérida, Córdoba...En efecto, a esta época pertenece una serie de obras que podemos clasificar de la siguiente manera :

a) Crónicas, como las denominadas bizantino-arábica (del año 741) y mozárabe (del 754), que buscaban enlazar con obras históricas anteriores (las de Juan de Biclario y de Isidoro respectivamente)

b) Epístolas, en su mayoría de temática religiosa, de personajes como el arcediano Evancio, los obispos Ascárico y Félix, el abad Tuseredo, el

La reconstrucción de las estructuras socioeconómicas y culturales a través de la epigrafía

diácono Pedro y, sobre todo, el arzobispo de Toledo Elipando, protagonista de una de las mayores controversias religiosas del siglo

c) Once himnos, un género que en el siglo anterior había alcanzado gran auge

d) Cinco “pasiones” o relatos martiriales

e) Una Vita sancti Ildephonsi, compuesta por el arzobispo de Toledo Cixila

f) Una breve y malévolamente biografía sobre el profeta Mahoma, muy difundida por aquella época

En definitiva, en el s. VIII los cristianos de Al-Ándalus tenían todavía sobradas razones para considerarse culturalmente superiores a los demás habitantes de la Península, cristianos o no. Así, cuando el arzobispo Elipando se vio atacado en sus doctrinas por el famoso Beato de Liébana, pudo responder con cierta soberbia que “nunca se había oído que unos lebaniegos enseñasen a toledanos”. Y mucha mayor era la distancia que a este respecto veían entre ellos y los árabes, que por entonces no merecían otro calificativo que el de “brutos”.

Pero, pese a todo, la llegada de los árabes había provocado unos daños irreparables que a la larga acabaron por dejarse sentir. En primer lugar, sabemos que durante los años de la invasión se habían quemado no pocas iglesias; junto a ellas podemos suponer que quedaron también destruidas algunas bibliotecas. Por otra parte, la inicial violencia de los musulmanes y el régimen establecido por ellos forzó a numerosos intelectuales a emprender, acompañados de sus libros, el camino del exilio: el perjuicio que este éxodo supuso para la

vida cultural hispana lo podemos calcular por los enormes beneficios que, por contra, reportaron a sus respectivas tierras de acogida . Por último, el establecimiento de una frontera religiosa trajo como consecuencia inevitable el aislamiento de la Península respecto al Occidente cristiano: pese a que lógicamente no dejaron de existir contactos entre ambas partes, lo cierto es que los acontecimientos que estaban teniendo lugar al otro lado de los Pirineos, en concreto el renacimiento cultural promovido por Carlomagno, apenas dejaron sentir sus efectos en territorio musulmán. Así, de las reformas que afectaron a la enseñanza de la lengua latina nada parecen saber los escritores cristianos del s. IX; de los textos de los principales autores del reino carolingio no se lee nada excepto los versos del obispo Teodulfo de Orleans; y por último, el conocimiento que los cristianos cordobeses demuestran tener de la Regla benedictina, uno de los pilares de las reformas de Carlomagno, bien podía proceder de tiempos visigodos, cuando llegó a Hispania tal texto . Así pues, perdidas casi por completo las posibilidades de renovación, las letras latinas quedaban condenadas a vivir estancadas en su pasado.

Por si fuera poco, de todo el riquísimo legado cultural de la Antigüedad, lo que interesaba a los encargados de su transmisión no era sino una parte muy concreta. Hemos apuntado que seguían funcionando las escuelas parroquiales y las de los monasterios, y es cierto que por lo menos aseguraban la enseñanza de la lengua latina y unos mínimos rudimentos en las “asignaturas” tradicionales, las artes del trivium (gramática, retórica y dialéctica) y quadrivium (música, aritmética, geometría y astronomía). No obstante, es innegable que la

La reconstrucción de las estructuras socioeconómicas y culturales a través de la epigrafía

formación que dichas aulas ofrecían era eminentemente religiosa ya que, como no podía ser menos, se orientaban a preparar a futuros clérigos y monjes para sus cometidos. De esa manera, los textos de los antiguos clásicos paganos estaban prácticamente ausentes de estas escuelas en beneficio de la Biblia y, en su caso, de la regla del monasterio; y por otra parte, los conocimientos de las antiguas artes seguramente se reducían a una serie de conocimientos prácticos para uso del clero. Es más, algunos se planteaban la inutilidad o incluso el peligro de este tipo de saberes en la medida en que se apartaban del conocimiento de Dios. En realidad, el único campo en que una mente inquieta podía hallar satisfacción en estas aulas era en el de la teología. Consecuentemente, los laicos con deseos de adquirir una cultura de carácter profano fueron sintiéndose cada vez menos atraídos por las letras latinas y, desentendiéndose de su pervivencia, empezaron a dirigir sus miras en otra dirección.

Paralelamente la situación había experimentado notables cambios del lado musulmán. Al poco de la llegada de Abd al-Rahman I a suelo hispano y el establecimiento del emirato independiente (756), se fue creando en Córdoba, la capital del territorio, una corte que desde un principio se empeñó en rivalizar con las de Damasco o Bagdad. De esa manera, los numerosos eruditos venidos con el príncipe omeya no tardaron en formar bibliotecas, difundir la cultura islámica y crear un clima propicio a las letras. Ya en tiempos del propio Abd al-Rahman aparecen los primeros testimonios de poesía árabe en la Península; durante el breve reinado de Hixem I (788-796) la difusión de la cultura islámica aumenta enormemente gracias a la creación de escuelas tanto

públicas como privadas ; en ellas, por otra parte, se educa un número cada vez mayor de personas: a ritmo lento en un principio, pero ya han comenzado las conversiones al Islam de no pocos cristianos, sobre todo en las ciudades . Y aunque estos conversos seguirán hablando su lengua vernácula, un latín próximo ya al romance, su cultura escrita será a partir de ese momento la islámica.

El proceso se acentuó vertiginosamente durante el s. IX, especialmente en el reinado de Abd al-Rahman II (822-852). Monarca culto y amigo de las letras, tanto profanas como religiosas, desde un principio impulsó decididamente la difusión de la cultura islámica y no dudó en rodearse de una corte donde se hallaban los principales poetas y artistas del momento. Además, no reparó en gastos con tal de adquirir todo tipo de libros, que sus agentes compraban en Damasco y Bizancio y luego él mismo ponía en circulación en su corte. Muchos nobles y dignatarios musulmanes imitaron el interés del rey y pronto empezaron a formarse las importantes bibliotecas por las que Córdoba se haría famosa el siglo siguiente. De esa manera, se consiguió que cualquier obra de importancia que corriera por Oriente llegara y se difundiera pronto por la capital del emirato. Paralelamente tenía lugar el primer florecimiento de la literatura y ciencia islámicas en Hispania, hasta entonces en estado embrionario: es la época en que aparecen los primeros poetas de cierto relieve, que llegan a ser conocidos fuera incluso de la Península, alcanzan gran auge disciplinas tradicionales para el Islam como la Teología, el Derecho y la Filología, e incluso se cultivan otra como la Geometría, Astronomía o Filosofía, hasta entonces en manos de los cristianos; ni siquiera encuentran obstáculo

La reconstrucción de las estructuras socioeconómicas y culturales a través de la epigrafía para su desarrollo las denominadas “ciencias ocultas” . En definitiva, a mediados del s. IX aquellos embrutecidos árabes habían sido capaces de desarrollar una actividad artística e intelectual sin parangón posible por entonces en Hispania y que provocaba la admiración de todos sus habitantes .

Podemos preguntarnos ahora por la situación de las letras latinas en el mismo período. Se ha visto cómo el siglo anterior se había mantenido la actividad literaria en los mismos centros urbanos que habían destacado durante el período visigótico. Ahora, en cambio, estos focos de cultura van reduciendo su actividad o, simplemente, desapareciendo. A este respecto resulta muy significativo que en Toledo, la antigua capital, no se haya conservado ninguna inscripción latina perteneciente a los siglos IX, X y XI. En realidad, apenas tenemos constancia de obras escritas fuera de Sevilla y Córdoba. Por lo tanto, para proseguir con nuestro estudio, deberemos centrarnos en estas ciudades, especialmente en la última, por ser la que más testimonios aporta.

En primer lugar, podemos referirnos a un vehículo de transmisión y difusión del legado cultural tan importante como los libros. Ya se ha hablado del afán con que los círculos cultos musulmanes reunían volúmenes de todo tipo. Pues bien, parecida actitud se advierte también entre los cristianos cordobeses, quizá por un deseo de imitar a aquéllos. Y eso pese a que el empobrecimiento de la comunidad mozárabe era cada vez mayor y, por lo tanto, no serían ya muchos los que se pudieran permitir la adquisición de libros, por entonces un verdadero artículo de lujo. Así, durante el s. IX se documenta un gran

trasiego de códices que tiene como centro Córdoba: unos son copias cordobesas de volúmenes existentes y frecuentemente procedentes de Toledo; otros son confeccionados o reciben su forma definitiva allí mismo; algunos son copias posteriores de estos últimos que incluso han reproducido las anotaciones de sus propietarios cordobeses; por último, de varios sólo sabemos que se hallaban por Córdoba en aquella época . Ahora bien, el contenido de estos numerosos volúmenes no es demasiado variado: exceptuando el manuscrito R.II.18, que contiene una serie de materiales de carácter didáctico, y el BN 10029, donde predominan obras de poetas cristianos, la parte del león se la llevan las obras patrísticas, en especial las de contenido exegético y doctrinal. Y, desde luego, salvo los conocidos *Disticha Catonis*, una difundidísima colección de versos de carácter moral, no se encuentra nada de la antigua literatura pagana. Así pues, podemos suponer que no debieron encontrar tantos lectores como los volúmenes que se manejaban en los círculos cultos musulmanes.

Por otra parte, gracias a S. Eulogio de Córdoba, un testigo de excepción, sabemos que en esta ciudad se mantenía el sistema de escuelas de la Iglesia ya descrito: en sus textos se mencionan al menos cuatro basílicas que contaban con preceptores, a las que habría que sumar las de los numerosos centros monásticos que rodeaban Córdoba por entonces . Y, desde luego, no faltaban alumnos: aparte de los futuros religiosos, se educaban en ellas no pocos laicos; y no sólo cordobeses, sino también forasteros . Sobre las enseñanzas que allí se impartían es bastante menos lo que sabemos, pues Eulogio sólo se refiere de forma vaga a “disciplinas liberales y disciplinas espirituales”,

La reconstrucción de las estructuras socioeconómicas y culturales a través de la epigrafía es decir, las artes tradicionales y estudios más propiamente eclesiásticos. De todas formas, no debemos esperar demasiado de estas aulas, y no sólo por los datos que, de forma general, hemos apuntado más arriba: el mencionado Álvaro, amigo y biógrafo de Eulogio, nos cuenta que éste, "insatisfecho con sus profesores, si oía de algunos otros, aunque se encontrasen lejos, los buscaba y, para no ofender a los suyos, se retiraba a escondidas las horas que podía" . Y todavía Eulogio y Álvaro tuvieron la suerte de hallar a Esperaindeo, un maestro capaz que satisfizo el ansia de saber espiritual de ambos : para un número creciente de jóvenes cristianos esta posibilidad de ampliar conocimientos ya no era suficiente. Por otro lado, tampoco estas escuelas resultaban ya eficaces en la enseñanza del latín, y eso pese a que, dentro de las antiguas artes, se dedicaba a la gramática una atención preferente: las obras escritas el siglo anterior, aunque ya mostraban algunos rasgos de la progresiva evolución de la lengua latina hacia el romance, mostraban un grado de corrección bastante alto; en cambio, en lo que parece el primer documento conservado del s. IX, las actas de un concilio celebrado en Córdoba el año 839, las incorrecciones y vicios del lenguaje son tantos, que en no pocas ocasiones el texto se vuelve ininteligible; aproximadamente la misma situación volvemos a encontrar unas décadas después en los documentos del obispo malagueño Hostigesis. Y si ése era el latín con el que se despachaban las personas teóricamente mejor formadas, la idea que podemos hacernos de la mayoría de cristianos no puede ser sino bastante pobre.

La primera señal de alarma la encontramos en la primera mitad de siglo en la obra del mencionado Esperaindeo: a una consulta de carácter teológico planteada por Álvaro, el maestro se sorprendía de que alguien se interesase por semejantes cuestiones “en una época en que algunos no querían dedicarse a ellas, sino a disertaciones vulgares”, en clara alusión a las materias profanas . Algo más tarde, en el 854, el propio Álvaro nos confirmaba este hecho en un pasaje de su *Indículo luminoso* que se ha hecho muy célebre; en él, pese al exagerado retoricismo del autor, se pintaba de forma bastante realista el sombrío panorama que se cernía sobre las letras latinas en Córdoba, uno de los pocos reductos que les quedaban en Al-Ándalus:

“[...] nos deleitamos con sus versos y sus fábulas milesias [...] ¿Quién - me pregunto- se halla hoy entre nuestros correligionarios laicos tan diligente que se interese por las Sagradas Escrituras y consulte los libros escritos en latín de cualquier doctor? ¿quién se encuentra abrasado de amor a los Evangelios, los profetas y los apóstoles? Todos los jóvenes cristianos, de rostro hermoso, lengua elocuente, atuendo y maneras distinguidas, de exquisita educación pagana y enaltecidos por su dominio del árabe, ¿es que no hojean con la mayor avidéz los libros de los caldeos, los leen con la mayor atención, los explican con el mayor ardor, los reúnen con enorme afán y los divulgan con elogios de todo tipo, mientras ignoran la belleza eclesiástica y desprecian, como algo muy vil, los ríos de la Iglesia que manan del Paraíso? Ay dolor, los cristianos ignoran su ley y no estudian su propia lengua los latinos, de suerte que en toda la comunidad cristiana apenas se podría encontrar uno entre mil que pueda dirigir a su hermano una carta de saludo con

razonable corrección, mientras que se halla un sinnúmero de personas que explican con erudición los ornatos del lenguaje caldeo, de forma que, en poemas más cultos que los propios gentiles y con superior finura adornan las cláusulas finales con la abreviación de una letra...”

Evidentemente todo lo que las escuelas cristianas podían ofrecer carecía ya de cualquier aliciente para unos jóvenes que se hallaban fascinados por el esplendor de la cultura que se les ofrecía del lado musulmán. Y si a ello añadimos la necesidad que tenían estos cristianos de conocer la lengua árabe para poder medrar en la corte y administración del emir, se comprenderá que muy pronto algunas familias aristocráticas decidieran prescindir de la formación hasta entonces tradicional, ya sólo válida para menesteres clericales, y educar a sus hijos en escuelas islámicas. Aunque los sectores más conservadores vieran en esta actitud la antesala de la apostasía, en principio se trataba de una cuestión meramente práctica o, en todo caso, una elección intelectual. En esta ocasión es Eulogio el que nos documenta el proceso. Así, al presentarnos al mártir Isaac, nos dice que “nacido de padres cordobeses nobles y muy ricos, vivía de la manera más muelle entre las riquezas y bienes de sus padres, hasta el punto de que, entendido y versado en lengua árabe, ejercía el cargo de recaudador del estado”. Y, por supuesto, esta opción sólo se planteaba en familias cristianas; en los casos de conversos al Islam, cada vez más frecuentes por estas fechas, la educación islámica era la única posibilidad, como se advierte en el caso del mártir Aurelio, hijo de musulmán y cristiana, que de nuevo nos describe Eulogio: “el venerable

muchacho fue entregado por imposición de sus parientes a una formación en letras árabes” .

La situación de las letras latinas a mediados del s. IX era, pues, de considerable dificultad, y a los ojos de los cristianos más celosos de su tradición afectaba ya no sólo a la supremacía de las mismas, sino a su propia subsistencia. Es en ese momento cuando tiene lugar en Córdoba una reactivación de la actividad cultural de los cristianos, un “renacimiento” a cuya cabeza encontramos a los mencionados Esperaindeo, Álvaro y Eulogio. De éstos, quizá fuera el último el que mejor advirtió la gravedad del problema y quien más hizo por remediarlo. De esa manera, sabemos que puso todo su interés en animar y difundir el languideciente patrimonio literario latino; su amigo Álvaro nos lo descubre “desenterrando” volúmenes olvidados, recomponiéndolos, corrigiéndolos, reparándolos y haciéndolos públicos . Es más, aprovechando un viaje que en el año 848 le llevó por tierras de Navarra, se trajo consigo un número nada despreciable de obras que no tardó en poner en circulación entre sus amigos, muchas de ellas de autores paganos como Virgilio, Horacio, Juvenal, Porfirio Optaciano o Avieno. Aunque algunos de sus compañeros desdeñaban estos escritos como “alimentos de los demonios”, quizá él, de quien Álvaro decía que conocía incluso las obras de herejes y paganos, viera en la difusión de estos textos, y no olvidemos que se encargaba de la escuela de su parroquia, una última oportunidad por hacer atractivas las letras latinas a los muchos que empezaban a dejarse seducir por las islámicas . Además, preocupado por el desmedido gusto de muchos de sus correligionarios por la poesía árabe, sabemos que incluso se

La reconstrucción de las estructuras socioeconómicas y culturales a través de la epigrafía impuso la tarea de difundir las reglas de la métrica clásica, ya olvidadas en Córdoba y que él había estudiado durante una estancia en la cárcel ; de esa actividad se beneficiarían los versos de Álvaro, Sansón y, más tarde, el arcipreste Cipriano.

Paralelamente, nuestros autores desarrollaron una actividad literaria que por entonces era ya imposible en el resto de Hispania. Frente a la inactividad que había caracterizado a Córdoba durante largo tiempo, ahora salían a la luz un grupo de obras que alcanzaron rápida difusión entre los círculos cultos cristianos, eso sí, ya muy minoritarios, y que mostraron que las letras cristianas, incluso en medio de las condiciones más adversas, poseían todavía capacidad de reacción. De esa manera, en muy pocos años se compusieron varios apologéticos, un conjunto de epístolas sobre varios asuntos, un puñado de poemas de temática variada (himnos, epitafios, poemas de ocasión...), vidas de mártires, exhortaciones al martirio, o incluso rarezas como tratados sobre grados de consanguinidad o la vestimenta de clérigos...

Desgraciadamente este enorme esfuerzo de Eulogio y su círculo, además de poco duradero, tuvo escaso éxito. En primer lugar, su producción, incluso la del laico Álvaro, siguió orientándose por derroteros básicamente religiosos: de las obras que acabamos de comentar la mayoría se dedica a la lucha contra herejías, polémica contra el Islam, discusiones teológicas, etc. Ni siquiera tras la puesta en circulación de los textos paganos se advierte algún influjo de los mismos en los escritos de los cordobeses, que siguen buscando su inspiración en la Patrística o, secundariamente, en los escritores del

período visigótico. Y cuando ni el erudito Álvaro, quizá la pluma más variada de este movimiento, mostró demasiado interés por esta posibilidad de renovación de las letras latinas, podemos suponer que el efecto sobre el resto de su comunidad fue mínimo. Por otra parte, una simple ojeada a las obras de Eulogio, Álvaro o Sansón evidencia que, pese a dirigirse teóricamente a todos los cristianos, en realidad están pensadas para un minoritario público de clérigos y monjes a los que se supone una elevada formación. Además, el vehículo de expresión escogido fue un latín especialmente pretencioso y alambicado, que buscaba sus modelos en la lengua de hacía varios siglos y se intentaba apartar escrupulosamente de lo que consideraban vulgar, elección que hizo todavía menos accesibles sus escritos a la comunidad a la que se dirigía, y que acabó por quebrar el ya débil equilibrio entre el latín hablado y el escrito. Y por si fuera poco, todo este movimiento se vio profundamente implicado en uno de los principales conflictos religiosos de la época, la llamada crisis de los “martirios voluntarios”, que provocó un endurecimiento del trato de las autoridades musulmanas hacia los cristianos, la conversión al Islam de muchos de ellos y el temeroso silencio del resto. Así las cosas, la islamización de la sociedad prosiguió su rápido curso sin mayor dificultad. Hacia el año 864, el abad Sansón, en medio de una agria lección de gramática a su oponente el obispo Hostígesis, ponía sus esperanzas en el futuro dando la batalla por perdida en el presente:

“Pero créeme que estas tinieblas de ignorancia se borrarán algún día y otra vez volverá a Hispania el conocimiento del arte de la gramática”

Evidentemente todo este proceso no supuso la completa desaparición de las letras latinas en Al-Ándalus; aunque enormemente debilitadas, continuaron su actividad en los pocos reductos donde todavía, pese a las conversiones y emigraciones en masa, se mantenía una sólida comunidad cristiana. Y no sólo nos referimos al puñado de inscripciones que, en mejor o peor latín, se han ido descubriendo en varios lugares de la actual Andalucía: en la segunda mitad del s. IX los versos de Cipriano nos descubren la existencia de círculos aristocráticos donde se podía desarrollar una poesía de carácter cortesano. En la centuria siguiente, el presbítero cordobés Raguel todavía era capaz de componer la pasión del mártir Pelayo en un latín dignísimo, que exhibía todos los artificios de la prosa tardomedieval. Y aún en el año mil, algún cristiano de Badajoz era capaz de componer epitafios en verso como el visible en una lápida hallada en las inmediaciones de la catedral de dicha ciudad . De todas formas, éstos eran los últimos rescoldos de una cultura que desaparecía mientras los cristianos de Al-Ándalus, sus teóricos herederos, iban abandonándola para adoptar la islámica, haciéndose acreedores del apelativo que luego recibieron: mozárabes, “los arabizantes”.